



**HOMENAJE
A
D. MANUEL ARIZA VIGUERA**



Manuel Ariza
(Antonio Salvador Plans)

El pasado martes 15 de octubre de 2013, de madrugada, fallecía en Sevilla el profesor Manuel Ariza Viguera. Hace tan solo unos meses parecía ser el triunfador en su lucha de varios años con la enfermedad, pero este verano la noticia de su inesperado empeoramiento nos sobrecogió, porque se presentaba ya como un final inevitable y rápido. Aun así nos dio una última lección con su entereza y su dignidad vital, con su humor perenne hasta hace muy pocos días.

El profesor Ariza había nacido en Madrid hace 67 años, aunque de padres andaluces. Se había formado en la Universidad Complutense y fue discípulo de D. Rafael Lapesa, uno de los máximos exponentes de la Escuela Española de Filología. Siempre se mostró orgulloso de su maestro, cuya fotografía presidía la mesa de trabajo de su despacho, al igual que mostraba con satisfacción sus recuerdos con maestros como Alarcos o Alvar, de cuya amistad hacía gala.

Su docencia se inició en la Universidad de Pisa y tras regresar a España se incorporó primero al claustro de Málaga. En octubre de 1975 se trasladó a la Universidad de Extremadura, en Cáceres, donde permaneció hasta 1989. Siempre tuvo a esta Universidad como aquella en la que había madurado profesionalmente. Señalaba en más de una ocasión que a ella llegó como interino y se marchó de la misma siendo ya Catedrático, lo que, en su opinión, no era precisamente mala cosecha. Además estuvo muy implicado en las tareas de gestión de una Universidad que estaba iniciándose y en la que se necesitaba multiplicarse. De ahí se trasladó a Sevilla, donde ha permanecido hasta el final.

Él se consideraba, como continuador de sus maestros, ante todo un filólogo, sin entender la especialización extrema e incomprensible de muchos otros investigadores y docentes. Porque esa condición la tuvo en su investigación interdisciplinar en bastantes de sus títulos, pero también en la docencia. Aunque era ante todo un historiador de la lengua, no puso ningún obstáculo a enseñar –siempre con igual pasión– lo que se necesitase. En Cáceres, por ejemplo, en donde el cuadro de profesores no siempre estaba completo en esos iniciales años, llegó a dar lengua italiana.

En el plano investigador sus estudios de fonética y fonología histórica son referencia obligada para el especialista, pero también para el estudiante universitario. Y se trata solo una faceta de su amplísima producción científica. No es –me parece- el momento de enumerar títulos en una breve semblanza, pero sí de señalar algunas de sus líneas para subrayar ese carácter filológico e interdisciplinar al que aludía con anterioridad. Además de la fonética y la fonología históricas, el plano gramatical se completa con los trabajos dedicados a morfología y sintaxis históricas o al análisis del léxico tanto diacrónico como sincrónico. Sin dejar a un lado la lexicografía, presente en sus referencias a Nebrija o a Covarrubias, por citar dos ejemplos.

Es preciso recordar aquí sus abundantes e imprescindibles estudios sobre dialectología extremeña o andaluza, sin olvidar sus estudios del leonés o del aragonés, sobre todo en época medieval, ni tampoco sus análisis del judeoespañol (en el momento de su fallecimiento estaba trabajando sobre el tema, incluso ya enfermo, y se encontraba preocupado con la idea de no poder finalizarlo). Haré hincapié en estas líneas en sus estudios sobre Extremadura, que él impulsó, ya que a su llegada la situación lingüística de la región se desconocía en gran medida. En 2008 recopiló bastantes de sus trabajos dispersos sobre el tema en *Estudios sobre el extremeño*, publicado por la Universidad de Extremadura. Pero además fue el artífice de la creación de un laboratorio de fonética en la segunda mitad de los años ochenta, cuando pocas universidades disponían de él. Creó grupos para realizar encuestas dialectales y fueron numerosas las memorias de licenciatura sobre el tema.

Ha sido indudablemente uno de los grandes impulsores de la onomástica, con análisis certeros sobre toponimia y antroponimia (aspecto sobre el que dirigió además varias tesis doctorales).

En el plano de la historia de la lengua española pocas facetas han escapado a su análisis crítico y a su estilo personal y agudo, no exento de ironía. Empezando por el latín vulgar, para continuar con las glosas, los documentos notariales, el problema de las grafías y su vinculación con los fonemas, su innovadora visión del siglo XII o de la época fernandina, sus estudios sobre el contacto de lenguas, la variación lingüística o el cambio lingüístico.

Siguiendo la trayectoria de sus maestros, ha dedicado una especial atención a la lengua literaria. La simple enumeración de autores o géneros es ya suficiente muestra de este interés: las glosas, los debates medievales, las jarchas, el Cid, el *Libro de los Buenos Proverbios*, el Arcipreste de Hita, Don Juan Manuel, *La Celestina*, la literatura aljamiada, Hernando Colón, la lengua de las minorías en el Siglo de Oro, Cervantes, Quevedo, Lope de Vega, Feijoo, Torres Villarroel, García de la Huerta, Juan Valera, Juan Ramón Jiménez o Antonio Machado, entre otros. Su originalidad le llevó en más de una ocasión a textos o temas poco habituales en nuestros cotidianos quehaceres, como el fino análisis de las variantes del clásico cuento de Caperucita.

Quiso también unir esta faceta investigadora con la de acercar los temas y problemas básicos de su disciplina a los estudiantes universitarios y de ahí sus conocidas obras sobre el comentario filológico de textos, su comentario de textos dialectales, la prosa medieval o su *Fonética histórica del español*, que los alumnos de la mayoría de universidades españolas y de muchos otros países conocen coloquialmente como “el Ariza”. Tampoco olvidó a los antiguos alumnos aspirantes a profesores y coordinó pensando en ellos un magnífico temario para ayudarles en la preparación de oposiciones.

Manuel Ariza tuvo durante toda su trayectoria profesional una profunda vocación docente. Todos sus alumnos –y los conozco de las tres universidades españolas en las que dejó su huella- le recuerdan como un profesor exigente, pero justo y sobre todo

gran transmisor de conocimientos. Todo ello aderezado con su aparente – pero nada más que eso- desorganización y su tremenda ironía. Sus alumnos de Málaga, Cáceres o Sevilla se refieren a él siempre con un enorme cariño, aunque hayan transcurrido muchos años desde que pasaron por sus clases. Me consta porque durante mucho tiempo formamos él y yo un equipo docente inseparable (aún no sé cómo los alumnos aguantaban, aunque se quejasen moderadamente, las innumerables horas extras de Historia de la lengua, de dialectología, gramática histórica o morfosintaxis histórica). Cuando he ido por los institutos extremeños esos antiguos estudiantes, hoy profesores, me preguntaban siempre con gran afecto y con nostalgia por Ariza. Y siempre recordaban sus bromas, junto al inevitable celta corto, su peculiar risa, su jersey lleno de tiza o su no menos personal movimiento de hombros ante una pregunta sin respuesta. Pero sobre todo evocaban su profundo conocimiento enciclopédico, sus magistrales clases, su rapidez mental, su personal humor, pero también su afabilidad y respeto hacia todos los alumnos, su cercanía (su casa en Cáceres siempre estaba abierta para ellos) y tantas otras características que definen a un buen profesor.

Manuel Ariza era muy crítico con lo que él consideraba superfluo y en los últimos años se manifestó irónicamente distante de los nuevos procesos educativos en los que la Universidad se ha metido de lleno. Y no porque él rechazase las novedades, sino porque las aceptaba si tenían un sentido, y en su opinión muchas veces no aportaban ningún aspecto enriquecedor a la docencia. Se rebelaba contra el papanatismo de las nuevas tecnologías, usadas “porque sí”, sin otra especial razón de ser. No entendía los cambios si no se encontraban suficientemente motivados y en su departamento y en su facultad saben mucho de las anécdotas protagonizadas al respecto por su rebeldía ante lo incomprensible.

Una de las cualidades más sobresalientes de Manuel Ariza era –qué difícil me resulta utilizar este tiempo verbal- su extrema generosidad. Y no solo con los amigos o con los discípulos, sino con todo el que pudiese necesitarlo, aunque apenas lo conociese. Era él quien se adelantaba a una hipotética solicitud, a la que muchas veces el interlocutor no se hubiese atrevido. Generosidad en el plano profesional y en el personal y su familia sabe mucho de estas cuestiones.

El profesor Ariza ha continuado trabajando hasta sus últimos días. Prueba de ello es la labor que ha dejado para que la finalicen sus discípulos más directos en forma de tesis, trabajos de fin de máster, etc., que tendrán que retomar. Porque nunca se negó a dirigir a nadie. La única condición impuesta era la del trabajo continuado. Su exigencia para los demás era solo un reflejo de la exigencia que mostraba él mismo por el trabajo metódico y sistemático.

He procurado hasta aquí mostrar una semblanza “objetiva” de este gran profesor y maestro que acaba de dejarnos (si me estuviese escuchando seguro que estaría haciendo algún chiste con el adjetivo “gran” y su antónimo aplicado en mi caso). Pero reconozco que me cuesta un inmenso trabajo hacerme a la idea de que no vamos a estar nunca más paseando juntos, con la peculiar estampa que componíamos y que hacía que nuestros alumnos pensasen de inmediato en dos personajes sublimes de la literatura clásica española. Y no es sencillo porque para mí no se ha marchado un compañero de profesión, con todos los múltiples atributos que ya he mencionado. Se ha marchado ante todo un entrañable amigo. Conocí a Manolo en el año 1975, cuando yo estudiaba el último año de carrera. Mi primer contacto fue dirigirme a él para intentar venderle una papeleta para obtener fondos con motivo del viaje de fin de carrera. Y no me compró una, sino varias. El siguiente curso sí fue mi profesor en los programas de doctorado y me incorporé de inmediato como ayudante en las clases prácticas de Historia de la Lengua. Eran cuatro horas a la semana, pero nos parecieron pocas y pedimos permiso

para subirlas a seis. Y los alumnos protestaron, pero muy poco en honor a la verdad. Alternábamos además las clases de Gramática histórica y de Morfosintaxis histórica (para no aburrirnos, decía). Llegamos incluso a dar extrañas clases al alimón. Éramos verdaderamente inseparables. Y así se forjó una amistad que ha permanecido en el tiempo, pese a la distancia. Aumentada por nuestras campañas de recogida de encuestas dialectales, donde pasábamos bastantes días fuera de casa (incluso estando él ya en Sevilla, continuamos con esta tónica en los veranos). Nos sucedieron en esas campañas numerosas anécdotas que siempre hemos recordado con una sonrisa. Organizamos diversos congresos y reuniones, entre las que es preciso señalar el *I Congreso Internacional de Historia de la lengua*, germen de la Asociación que se creó en esos días. Durante doce años fue Secretario de la Asociación y yo le ayudé en lo que pude como tesorero.

Mi relación con él fue pues de amistad entrañable y profunda. Ninfa es buen testigo de ello. Jamás las circunstancias, que tanto se entrometen en nuestra profesión, enturbiaron un ápice esa amistad. Nos queda el consuelo de su recuerdo, profesional y sobre todo personal.



EL MAGISTERIO DE LA LIBERTAD

En la muerte de Manuel Ariza Viguera, maestro de filólogos

Lola Pons Rodríguez
(Universidad de Sevilla)

Agotada por una terminología hueca, la reflexión actual sobre la pedagogía provoca en muchos desconfianza. Quienes hemos tenido un maestro de la altura humana e intelectual de Manuel Ariza Viguera (Madrid, 1946-Sevilla, 2013) sabemos que caer en las manos de un buen profesor es la mejor forma de aprender a serlo, y muchas veces, solos ante la pizarra, hemos construido la mejor versión de nosotros mismos recordando y repitiendo las frases y modos de quien nos enseñó. *Todo hombre que a otro llama maestro, por la ciencia que es en él lo llama e porque quiere ser enseñado de él* decía un texto castellano del siglo XV. El catedrático de la Universidad de Sevilla Manuel Ariza era uno de tales maestros. Bajo el magisterio de Rafael Lapesa, a quien respetaba y admiraba profundamente, Ariza se formó en la Complutense de Madrid en el estudio de la Historia de la Lengua Española. Reunía en sí un conocimiento científico vastísimo y en él se reconocían los intereses de la Escuela de Filología Española que a principios del XX fundó don Ramón Menéndez Pidal: el amor a los textos y el respeto por el dato dialectal, caminos uno y otro para llegar a describir con solidez la Historia del Español. En estos ámbitos destacó por la magnitud de sus publicaciones: libros (*La lengua del siglo XII*, *Sobre fonética histórica del español*, *Estudios sobre el extremeño*, y, con título provocador, *Insulte usted sabiendo lo que dice y otros estudios sobre el léxico*) y artículos de investigación que suman más de un centenar. Investigó sobre Dialectología (sobre todo extremeña y andaluza) y sobre Fonología Histórica del Español: nos reveló detalles y pormenores de los porqués históricos de la escisión dialectal sevillana, descubrió vivos en zonas rurales procesos fónicos que pensábamos desaparecidos, aclaró y reformuló sin aspavientos ni protagonismos teorías que se tenían por

inamovibles... Investigó también, con fina sensibilidad, sobre textos antiguos; en su última etapa y pese a las despiadadas arremetidas de la enfermedad, localizó un fondo de manuscritos judeoespañoles en Italia y soñaba con rescatarlos.

Además de por *la ciencia que en él era*, Ariza era maestro porque todos querían ser enseñados de él. Fue docente de la Università di Pisa, de la de Málaga y luego, largos años, de la Universidad de Extremadura; a Sevilla, lugar de donde era oriunda su familia, llegó en 1989. Son miles los alumnos que lo han tenido como profesor, en presencia o a través de sus libros, porque Manuel Ariza fue también maestro de los alumnos que nunca tuvo, estudiantes de otras universidades, españolas o extranjeras, que usaban alguno de sus manuales universitarios, todos redactados en un estilo transparente y cómodo: su *Comentario de textos dialectales*, el librito acerca del *Comentario filológico de textos* o su *Manual de Fonología Histórica del Español* son parte de la biblioteca de referencia de quienes quieran enfrentarse a una disciplina tan compleja y amplia como la Historia de la Lengua Española. Era un maestro porque hacía fácil lo difícil, atendiendo en clase cualquier pregunta, por absurda que pareciera, y haciendo chistes (¡malísimos!) que permitieran entender mejor el contenido. La clase magistral entendida como la exposición pulcra pero amable, no el verbo de impresión que abrumba y del que nada queda, sino una Filología expresada desde la palabra cotidiana, desde la cercanía. Otra lección de pedagogía: la tarima para llegar más lejos, nunca para estarlo.

No me es posible imaginar una unanimidad mayor en las simpatías que concitaba. Nos parece una inevitable forma de supervivencia profesional que un médico no se implique afectivamente con sus pacientes, pero el Dr. Hugo Galera, que luchó hasta el final por salvarlo, lo pasaba casi peor que él cuando tenía que informarlo de los avances de su enfermedad. Ariza, como siempre, le hacía fácil lo difícil, desdramatizando, allanando el camino, destruyendo muros, despilfarrando en humanidad. Todos lo querían. Y no como se quiere al bueno que nada dice y todo consiente. Lo querían decanos, vicedecanos y profesores, que también tuvieron que lidiar con sus principios insobornables y sus imperturbables rechazos; lo queríamos sus compañeros de departamento; lo quería sin fisuras el personal de la Facultad, los conserjes, bibliotecarios, administrativos. Lo querían los alumnos, a los que suspendía a canastos: sabida la noticia de su muerte, el martes llenaron las redes sociales de mensajes de consternación y admiración por su profesor. Lo adorábamos sus discípulos, a quienes nos daba la dirección que cada uno necesitaba, dejándonos navegar solos. Sin quererlo, sin saberlo, nos enseñó a tener en él un modelo avasallador de libertad. Cuando todos recelábamos de la burocracia que vino a la Universidad con el proceso de Bolonia, solo él se atrevió a hacerle un quiebro, amable, como eran los suyos, redactando un programa docente descacharrante, en que se reía abiertamente de los dislates del formulario que nos proponían.

Duele pensar que ya no vamos a ver por nuestro edificio de la Antigua Fábrica de Tabacos la figura altísima y desgarbada de Manolo. Vendrán homenajes y no dudo de que serán multitudinarios, emotivos y por supuesto merecidos, pero sé que cualquiera de los muchos alumnos que tuvo, futuro o actual profesor de Lengua Española en Secundaria o de español como segunda lengua, va a recordar en sus clases las enseñanzas de Manolo y comprenderá entonces que aquella pedagogía tradicional e intuitiva funcionaba. Serán esas decenas de homenajes anónimos e íntimos, rendidos dentro de las aulas de quién sabe qué lugares del mundo, los que hagan perdurar la memoria del maestro. Esos profesores de Lengua y Literatura que se han estado formando durante años al abrigo del magisterio del profesor Ariza son los mismos que alimentan ahora otras nuevas vocaciones: con ellos la Filología sigue, la Historia de la

Lengua sigue, el amor por los textos y el cuidar de la palabra perdura. Decía Pablo Neruda, el poeta preferido de Manolo, que *todo llega a la tinta de la muerte*. Pero me permito añadir: el rastro del buen magisterio es capaz de esquivarla y trascenderla.

VÍDEO DEL HOMENAJE EN MEMORIA DEL PROFESOR MANUEL ARIZA

Puede acceder al video pinchando sobre el siguiente enlace

<http://tv.us.es/homenaje-en-memoria-del-profesor-dr-manuel-ariza-viguera/>

El viernes, 25 de octubre, a las 12:30, tuvo lugar en el Paraninfo de la Universidad de Sevilla un acto en memoria del profesor Manuel Ariza Viguera, catedrático de Lengua Española del Departamento de Lengua Española, Lingüística y Teoría de la Literatura de la Facultad de Filología, fallecido el pasado martes 15 de octubre tras una larga enfermedad. El acto reunirá a compañeros, familiares, amigos y alumnos, que compartieron parte de sus vidas con él, para recordar su figura.